

Mi hijo, el emigrante

Luis Barragán/Miami

Recientemente, un diario de circulación nacional trajo un texto de nostalgia y reflexión que tan justamente homenajeó a Vicente Gerbasi, el emblemático poeta venezolano. Su hijo, Gonzalo, reportó más extensamente lo que fue para nosotros un hallazgo casual y para todos es una constatación: una feria del libro de tiempos ya remotos, como la nada fácil circunstancia de buscar futuro allende las fronteras.

Meses atrás, encontramos y disfrutamos una fotografía protagonizada por el estadounidense Waldo Frank, visitante de la primera exposición del libro venezolano en México, organizada por Pedro Beroes, Fabbiani Ruíz y Vicente Gerbasi, publicada originalmente por la revista caraqueña "Élite" (13/02/37). Nos preguntábamos en torno a la iniciativa y, sin saberlo, Gonzalo respondió más tarde con la odisea: por autobús, barco y tren, los desempleados venezolanos llevaron las cajas repletas de impresos y, siendo un sensible lector el oficial carcelero de un pueblo fronterizo, lograron salir en libertad y obtener la visa para hacer la noticia en Centroamérica. Empero, nos conmovieron otras palabras:

"Aquí estamos presentes sus hijos con nuestros respectivos cónyuges y algunos de sus nietos y bisnietos. Los que faltan están en otras tierras lejanas, al amparo de la seguri-

dad y de un futuro más provisorio o por lo menos de un futuro".

Posiblemente, no hay precedente alguno en nuestra vida republicana sobre la emigración masiva de venezolanos. Son variadas las cifras que incluyen al recurso humano calificado, añadidos los que –por ejemplo– pueblan a Europa regando las sospechas de una nacionalidad obtenida al calor de los comicios de esta década, pues, luego de cumplir con el pacto subrepticio del sufragio, se hicieron del pasaporte y simplemente se largaron para seguir el intrincado y particular camino hacia un futuro que tampoco lo facilitaba el nacer realmente hacia el sur del continente: sobran los testimonios.

Nos permitimos tres observaciones rápidas respecto a una situación que ya ejercerá su peso, porque el país sometido a un riguroso control de cambio sabrá también –aplaudiéndolos– de los dólares y euros que llegarán –"bolivarizados"– producto de lo que puede llamarse la exportación neta de familias enteras que ayudarán a los que se quedaron. Deseando un debate, enunciamos: el chequeo relacionado con la naturaleza del régimen, el imaginario social de la emigración y su satanización.

Elemental, si en nuestro país hubiese atisbo de un futuro promisorio, sumada la seguridad personal, no habría nadie que deseara



Fotografía: El escritor estadounidense Waldo Frank, visita la Primera Exposición del Libro Venezolano en México, organizada por Fabbiani Ruíz, Pedro Beroes y Vicente Gerbasi. Fotografía de Élite, Caracas, del 13/02/37, reproducida en: Élite, Caracas, nr. 1806 del 07/05/60.

cruzar sus límites y probar suerte en otras patrias, a veces, completamente desconocidas. Puede decirse de una huida, pero también de la natural y afanosa búsqueda de oportunidades al tratarse de un deber fundamental: los hijos, verificada la naturaleza de un régimen que hace y hará de ese deber una aventura.

Obviamente, nos haremos una idea colectiva del inédito fenómeno, como ha ocurrido con otras naciones, realizando la vocación emprendedora, las habilidades demostradas y las capacidades probadas de aquellos que no lograron realizarse en esta tierra. Para quienes hemos optado por quedarnos, reafirmando un modesto compromiso de lucha, aspiráramos a diseñar otra meta programática: la repatriación voluntaria.

Idea que, igualmente, puede verse contaminada por la conducta negativa y negativa de los nuevos emigrantes, sobre todo la de aquellos descarados oportunistas, los que reniegan de la Venezuela que – al menos –

los educó, y – por lo general – ligados de un modo u otro al régimen, lo que les permite pasearse constantemente por el mundo con los bolsillos repletos de divisas, adquirir en subastas, excelentes y excepcionales vinos, y –corre el rumor– comprar una vivienda en las más exigentes capitales –preferiblemente– europeas y estadounidenses como elemental medida de previsión ante una caída del "chavezato". Y éste, mientras tanto, intentará satanizar a los buenos padres de familia consagrada la acusación: "apátridas".

Descendientes de italianos que buscaron y consiguieron el futuro en una ya lejana Venezuela, el primo de María Efe se ha ido con su esposa a Australia, harto promotora de sus bondades. Seguramente compartirán con el violinista Henry Ávila, entre otros músicos venezolanos radicados en Sidney, y no sorprenderá que pasen los años y lean a sus muchachos un poema: "Mi padre, el inmigrante".